

EL ESCRITOR HERMAFRODITA

O

LOS PERSONAJES FEMENINOS VISTOS CON OJOS DE HOMBRE¹

Por Alberto Omar Walls

¹ El presente texto fue leído por su autor en el encuentro dirigido por la escritora Montse Cano y organizado por el Pen Club, convocado bajo el tema genérico de La literatura de mujeres [Las Palmas de Gran Canaria, junio de 2006].

Respecto al punto de mira usado en la literatura, los muchos laberintos de la plástica se entrecruzan formando una tupida tela de araña muy enmaraña y nada fácil de esclarecer de cuáles sean siempre sus intenciones [salvo cuando los patrones usados sean demasiado evidentes, como puede ocurrir en las estéticas al uso en países totalitarios]. Las miradas artística de la plástica se pueden simplificar muchas veces en una sola manera de ver, en una sola intencionalidad, porque en esta época normalmente predomina en la estética visual el elemento erótico.

Cuando valiéndose del soporte fotográfico un artista re-define un cuerpo, la mirada o punto de vista erótico difumina los contornos y diferencias para allanar caminos de observación al espectador. La mirada usada en los soportes artísticos con los que trabaja la plástica se transforma en una voluntariedad del deseo que afectará por igual tanto al fotógrafo-artista hombre como al fotógrafo-artista mujer.

Pero cuando nos encontramos con un poema escrito por un hombre como Kavafis, y que para más señas se titula *Los caballos de Aquiles*², ¿qué tipo de mirada hemos de advertir ahí? ¿Deduciremos la del entristecido Zeus?, ¿la del bello Patroclo [inerte y objetivo conductista de todas las acciones subsiguientes de su amante Aquiles a través de un ojo abierto, como en aquella mirada escrutadora de Julio Cortázar en su terrible relato *Las babas del diablo*]?, ¿las miradas borrosas de los caballos de abundantes lágrimas? ¿la del transido Aquiles consternado por el dolor en quien el amor se transforma en terrible cólera? ¿la de los autores tan alejados ya en el tiempo? ¿O sólo hay una mirada literaria que no siente ni padece sino que solo transmite un cúmulo de sensaciones que han de hallar eco en el lector?

Creemos que este pequeño poema de Kavafis muestra parte de la exquisitez que creemos advertir en los ojos del hombre nuevo:

Cuando vieron muerto a Patroclo,
que era tan valeroso y fuerte y joven,
los caballos de Aquiles comenzaron a llorar;
sus naturalezas inmortales se indignaban
por esta obra de la muerte que contemplaban.

Sacudían sus cabezas y agitaban sus largas crines,
golpeaban la tierra con las patas, y lloraban a Patroclo
al que sentían inanimado -destruido-,
una carne ahora mísera -su espíritu desaparecido-,
indefenso -sin aliento-,
devuelto desde la vida a la gran Nada.

² Kavafis: 1863.

Las lágrimas vio Zeus de los inmortales
caballos y apenose. En las bodas de Peleo,
dijo: no debí así irreflexivamente actuar;
¡mejor que no os hubiéramos dado, caballos míos,
desdichados! ¿Qué buscabais allí abajo,
entre la mísera humanidad que es juego del destino?
A vosotros que no la muerte acecha, ni la vejez
efímeras desgracias os atormentan.

En sus padecimientos
os mezclaron los humanos. Pero sus lágrimas
seguían derramando los dos nobles animales
por la desgracia sin fin de la muerte.

La mayoría de la literatura que se ha escrito desde siempre ha sido la compuesta por hombres. Por cantidad, por abundancia incontrolada, ¡simple y llanamente por número es legión!, y desde esa realidad palmaria y con esa perspectiva deberían contemplarse los debates que se susciten en estos encuentros.

Sin embargo me gustaría llamar la atención sobre una cuestión sorprendente respecto de las escritoras teatrales o dramaturgas: que frente a las relativamente pocas piezas teatrales escritas por mujeres de nuestro país, entre los siglos XVII a XIX, alegre constatar las 217 autoras del siglo XX, recopiladas por la ADE, con un número aproximado de unas mil doscientas obras. Un aumento muy significativo, si tenemos en cuenta que ni hombres ni mujeres estrenamos teatro, y que en su mayoría se condenarán esas obras sólo para ser leídas³, con lo que la auténtica razón de ser del texto teatral queda más proscrito y más reducido que el papel de segundón o de subalterno. Para nosotros, todo texto teatral que quede solo en la escritura es nonato, ya que el

³ *Autoras en la Historia del Teatro Español [1500-1994]*, Madrid, 1997.

teatro se escribe para la escena. Pero esta es otra cuestión...

Son magníficos muchos de los personajes masculinos de ficción que han sido creados por los escritores de siempre: Ulises, Edipo, Aquiles, don Juan, Calixto, Tartufo, Hamlet, don Quijote... Pero no le han ido a la zaga muchos otros geniales personajes femeninos: Antígona, Fedra, Electra, Teresa Raquin, Emma Bovary, Tristana, Bernarda Alba, hasta Remedios la bella de García Márquez...

A nadie ahora se le puede ocultar que la literatura escrita por hombres, cuando relaciona a un personaje masculino con otro femenino, busca replantear una vieja dicotomía que venía desde antiguo enfrentando la cabeza al estómago, a modo de lucha entre la razón y los instintos. ¡El hombre representa para muchos aún la cabeza y la mujer la barriga! Ese aspecto lo pone en evidencia ya en el XVII María de Zayas y Sotomayor en sus intentos tempraneros de poner las cosas en su sitio, cuando dice: *... causará admiración que una mujer tenga despejo no sólo para escribir un libro, sino para darle a la estampa, que es el crisol donde se averigua la pureza de los ingenios... esta virtuosa osadía de sacar a la luz mis borrones, siendo mujer, que en opinión de algunos necios es lo mismo que una cosa incapaz*⁴.

No hace mucho leímos un artículo de un periodista que muestra sus ideas con bastante sarcasmo y que enfrentaba esa vez a dos grandes poetas muy

⁴ *Novelas amorosas y ejemplares*, M^a de Zayas y Sotomayor, 2000.

conocidos para esclarecer lo que se le antojaba una paradoja: su extrañeza sobre que García Lorca, quien para él no entendía de mujeres, las hubiera pintado con exquisita sensibilidad y que Neruda, que se suponía que sí entendía de mujeres, las prefiriera silenciosas⁵. No cabe duda que en los dos ejemplos debía estarse refiriendo al personaje femenino y no a la persona misma, aunque, claro está, sabemos que un personaje será siempre una imagen, metáfora o metonimia de una supuesta realidad, que aunque no exista un exacto reflejo social, al menos habita en la mente del creador. No es deseable que se reduzcan las actitudes a un enfrentamiento tan maniqueo, porque los asuntos referidos al papel de la creación literaria (se sea hombre o mujer) no son tan sencillas.

¿Por qué a alguien se le podría ocurrir que radica precisamente en aquel elemental y aparentemente nimio detalle el estado de la cuestión?: ¿en que alguien, poseedor de alguna varita mágico-advina, asegure que *entiende* o no entiende de mujeres? ¿Pero qué cosa es ese asunto de entender de mujeres? ¡Yo soy hombre y he tratado a lo largo de mi vida a muchos hombres y aseguro que no entiendo a los hombres, ni entiendo de hombres...! ¡Y cada día los entiendo menos!

Desde los años sesenta han proliferado las profesiones y especialidades científicas, por eso desde entonces se estará especializado en los asuntos más

⁵ Aludiendo claramente a su poema *Me gusta cuando callas* (*porque estás como ausente*).

variados y se entenderá mucho de pejines y gueldes, de los ADN's, de la macro y micro economía, de todas y cada una de las energías alternativas, de tanta literaturas y lingüísticas, de la escenografía y musicología, de marinería, de las mareas y los huracanes, de fútbol y otros deportes, de la educación y comunicación social, de asuntos laborales y criminalidad, de hipotecas y ocio nocturno... Pero ¿y de mujeres?, ¿es que para escribir hay que entender de mujeres como si fueran coleópteros?

Sería una torpeza por nuestra parte el querer aquí defender un punto de vista masculino, precisamente cuando no somos responsables en su totalidad siquiera del nuestro propio. Pero tenemos que admitir, con bastante seguridad, que nunca hemos prestado la mirada interesada del *macho depredador* [que en todos habita] a ninguno de nuestros personajes femeninos. Porque siempre los hemos tratado en razón de igualdad, respeto y, sobre todo, con autenticidad. No es época de mantener relaciones subalternas, y el haber nacido hombre y haberse transformado en escritor no puede entenderse como la dramatización de un estado de lucha donde la creatividad se ejerza desde un supuesto estado imperialista de poder oligopólico [sobre los personajes].

Sean cuales sean los esfuerzos de un autor por barnizar apariencias, sabemos que toda literatura hecha libro, por muy bien escrito que esté, puede ser reducida a un esquema ideológico de su creador [del que es o no consciente]. En él veremos cómo trata elementos de la acción que conducen a sus personajes hacia una dirección

u otra, o cómo muestra a los seres de lo maldito, a los que por su sola presencia ya son transgresores de un *status quo*: al mestizo, la mujer, al homosexual, al de color, al indigente..., esos personajes que forman el lado de lo subalterno, de la marginalidad, por sí mismos evidenciarán una postura, una estructura de pensamiento.

Nosotros planteamos que la mirada del hombre-escritor debería ser una mirada que haya intentado ser limpia, integradora y nunca comprometida con ningún interés que implique apropiación humana de cualquier figura social. Saber mirar el mundo con limpieza permite concederle también a la figura de la mujer una mirada limpia. ¡Pero para eso, cualquier elemento que conforme una actitud cerrada de la persona, una postura egótica, no ha de estar! Si tú no estás, puedes ver...

Hablamos de lo que deseamos en el fondo de nuestra conciencia, no de las contradicciones de otros individuos, en las que a pesar de sus genialidades se ha incurrido a lo largo de la historia. Porque aunque nadie podrá negar lo hermoso de aquel soneto de Francisco de Quevedo [*Amor constante más allá de la muerte*], pues aunque no fuera su mirada la de un autor que buscaba la inocencia, no sólo por la época en que vivió sino también por su talante, en esos geniales catorce versos se conjugaron muchas sensibilidades que superan al hombre que se entregó a la vida. Lo leeremos también para su constatación ante quien no lo recuerde:

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera,

mas no de esotra parte, en la ribera,
dejará la memoria en donde ardía:
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Porque..., o eres inocente o no eres escritor. Es decir, o aceptas que dentro de tu ser se encuentran todas las miradas, mezclándolas con tu propia mirada [de hombre o mujer], o sólo estarás sirviendo a unos intereses: los de un poder concreto, el que sea. Y todos sabemos que tratándose del poder, éste ha aprendido a recubrirse de muchos rostros. Y a usar su tradición guerrera para sacar beneficio del subalterno subyugado.

El hombre nuevo tiene todo el derecho a proyectar su mirada como escritor sobre sus personajes, con el único objeto de mostrarlos y hacerlos hablar. Pero mejor que sea una mirada integradora de los opuestos, conformadora de un universo íntimo pleno que sólo se consigue cuando está a la búsqueda del ser interior: y es posible que descubra que su propia escritura se ha

transformado en un buen camino para llegar a ese ansiado [buscado] re-encuentro.

Creemos que todo proceso de creación forma parte del gran proceso de Conocimiento [indagación sobre el eterno dilema de conocer qué es la Vida]. Y el respeto a todo lo vivo..., lo mismo que el respeto a la filosofía y a la vida del otro y a los supuestos enemigos. Y el odio a la guerra, como lo mantuvieron desde lo profundo de su ley moral los griegos de la Grecia clásica, quienes amaban la belleza, la libertad, el saber y la voluntad de hacerse una vida nueva. Por eso odiaban la guerra. El propio Esquilo decía que *no deseaba ser nunca un saqueador de ciudades, ni caer cautivo en las manos de un conquistador*. Actitud que contrastará luego con la de los romanos que lo más natural era que arrastraran a sus prisioneros encadenados del carro del vencedor hasta la colina del Capitolio y allí se los estrangulara.

La larguísima historia de los hombres guerreros [casi siempre aliados con otros poderes: el político y el religioso] está plagada de muchas agresiones, violencias, odios, tragedias, torturas, decapitaciones, hogueras, tormentos, sacrificios, asedios, empalamientos, descoyuntos, empujones, derramamientos permanentes de todas las sangres, quebrantos, encarcelamientos, ejecuciones, desgarramientos, interrogatorios, vejaciones, represalias salvajes, atrocidades disfrazadas de defensas, crímenes, calamidades, represalias salvajes, venganzas, infanticidios, mutilaciones, ultrajes, gritos, empalamientos...

No creemos en eso de dedicarse a la escritura para apropiarse de elementos advenedizos, sea para ganar premios, para ganar dinero y sostenerse en la vida, para acumular prestigio, para considerarse alguien en relación con el entorno social que le ha tocado vivir, o para hacerse mejor a los ojos del Gran Creador, y tantos otros etcéteras que contribuyen a inflar los egos. También por ese sentido universal e integrador que ha de poseer el don escritural, nos gusta también el magnífico concepto helenístico de Dios o *lo divino*: sin nombre ni definición.

Pienso que la literatura es un instrumento y no un fin en sí misma, aunque como escritor has de saber que si te la quitan de entre las manos sería como si te sustrajeran la existencia completa de un solo golpe. Pero sin literatura [es decir, sin poder escribir], también se puede vivir. Por eso uno ha de trabajar desde el territorio de la Conciencia, y cuando se trabaja desde ahí no se busca dominar a nadie fuera de ti sea hombre o mujer, a lo sumo pretenderás domeñar al conjunto de tus propios demonios interiores que no te dejan ver lo auténtico... Y claro, desde esa perspectiva, no rechazaremos nunca la mirada limpia y honesta del hombre, rechazaremos la mirada del macho castrador que proyecta sobre sus personajes sus propias miserias, sus incapacidades y frustraciones.

No creemos pues en una sola mirada escritural, sino en la mirada femenina que es capaz de investirse de la del hombre. Al tiempo que creo en la del hombre que es capaz de aceptar los parámetros y sustancialidades de

la mujer. Los adopta, asume, y conforma en lo íntimo de su marmita creativa conformando a un ser que ya no es macho ni hembra, pero que participa de los atributos de ambos.

Esta es también otra cuestión que se plantea el escritor hermafrodita: que no es tanto entender o no de hombres y mujeres a la hora de retratar las vidas de sus personajes, sino que sin renunciar a su propia mirada la robustece con el otro componente que podría faltarle: sean dosis de mujer o de hombre. Viene a cuento la confesión que una mujer muy sincera me hizo respecto de mi novela *Inmenso olvido*, me dijo muy apena, que no creía que un hombre (es decir, yo) pudiera escribir sobre la violación de una mujer, que era imposible que pudiera entenderlo. No pude contestarle nada contundente (¿a cuenta de qué tanto esfuerzo imposible?), sino con lo que más o menos vengo diciendo y, en última instancia, le hablé de la capacidad que tienen todos los seres que se hallan abiertos al universo para adentrarse en los tristes vericuetos donde el ser profundo sufre... tenga el sexo que tenga y le haya tocado en suerte.

Porque todo en la vida es mezcla en busca del equilibrio en la unión del Yin y Yang. Cuando este equilibrio falta, sobrevienen las disfunciones. Nada ni nadie es femenino sólo, o masculino únicamente. Los desequilibrios se producen cuando se cae en esos dislates que apuntan a que el hombre ha de ser muy macho y la mujer muy femenina. Y es una gran estupidez que tarde

o temprano se descubrirá en cualquier escritor y no lo pagará él solo, sino que lo acabará pagando su literatura.

En resumen; ¿cuál ha de ser la única mirada posible del escritor? Lo tengo claro: la de quien busca la Verdad en todo, y, desde luego, la busque a través de la escritura.